

CAPÍTULO XXVIII

EXPEDICIÓN LIBERTADORA DEL PERÚ

(Primera campaña de la Sierra.)

AÑOS 1820-1821

Importancia de la primera campaña de la Sierra. — Regiones del Perú. — Teatro de operaciones de la expedición de la Sierra. — El valle de Jauja, nudo de las operaciones. — Zonas militares. — Prospecto general de la campaña del Perú. — Objetivos de la campaña de la Sierra. — Instrucciones de San Martín para la campaña de la Sierra. — Arenales general de la Sierra. — Ocupación de Ica. — Combate de Nasca. — Sorpresa de Acarí. — Planes de San Martín. — Arenales atraviesa la cordillera y ocupa Huamanga. — Maniobras preliminares sobre el Río Grande. — Ocupación de los valles de Huancayo, de Jauja y de Tarma. — Marcha ofensiva sobre Pasco. — Batalla del cerro de Pasco. — Marcha de Ricafort sobre Huamanga. — Movimientos de Bermúdez y de Aldao desde Ica. — Insurrección de Huamanga. — Derrotas de Huamanga, Cangallo y Huancayo. — Crueldades de Ricafort. — Aldao mantiene la insurrección de la Sierra. — La división de la Sierra se retira á la costa. — Examen de la campaña de la Sierra.

I

La primera campaña de la Sierra del Perú, como movimiento inicial de la expedición libertadora del Perú, tiene una importancia capital, por cuanto ella determinó el círculo dentro del cual debían rotar las masas puestas en acción, obedeciendo á leyes físicas subordinadas á la naturaleza y configuración del terreno. No se comprenderían bien sus complicadas marchas y maniobras sin tener una idea ge-

neral del territorio en que se desarrollaron. Una representación gráfica pondrá de bulto ante los ojos sus grandes lineamientos.

El Perú, en su conjunto, puede considerarse como un macizo de montañas dentro de una especie de triángulo, cuya base mide 1,300 kilómetros desde el grado 3.º de latitud austral, que se prolonga de norte á sud por el espacio de 2,500 kilómetros hasta la frontera del Alto Perú en el Desaguadero, donde se estrecha á la altura del grado 18.º, en que sólo mide 100 kilómetros. Considerado bajo su aspecto geográfico y climatológico, este territorio se divide en dos ó tres regiones, de fisonomía y aspecto diverso: la costa, la sierra y la montaña, que es una variante de la sierra. Á lo largo del litoral marítimo, que describe el lado mayor del triángulo, se extiende una faja de áridos arenales como de 75 á 100 kilómetros en su mayor anchura, regada por veinte y tres ríos de más ó menos importancia, cuyos cauces forman otros tantos valles cultivables, con desiertos intermedios, que accidentan laberintos de médanos movedizos al capricho de los vientos, sin indicios de vegetación, sin aves en el aire ni reptiles en el suelo, y donde no llueve jamás. Esta es la tierra caliente, la región de la costa donde á la sazón operaba San Martín con el grueso de su ejército. Al este de esta región, se levanta ex-abrupto la cadena occidental de la cordillera de los Andes, que comprende en su macizo lo que propiamente se llama la región de la sierra. Al oriente, está la cordillera nevada, que forma el tercer lado del triángulo. Esta es la región conocida por antonomasia en el país con la denominación de « la montaña », en cuyas vertientes la naturaleza ostenta todo el esplendor de la zona tropical (1). Las cadenas de

(1) Véase: Mateo Paz Soldán: « Geografía del Perú », pág. 20 y sig. — Mariano F. Paz Soldán: « Atlas geográfico del Perú », pág. 49 y sig. — Idem: « Hist. del Perú Indep. », pág. 429 y sig. — Raymondi: « El Perú » passim.

los Andes, que se bifurcan en la frontera meridional del Alto Perú, y corriendo paralelas forman sus alti-planicies, (Véase cap. V, § VII, y cap. XIII, § I), reúnen en el Bajo Perú, y encierran dentro de sus intrincadas ramificaciones, los valles y lagos andinos que le imprimen su fisonomía, marcando hasta la altura de 4,900 metros, en sus variados niveles, todos los grados del termómetro.

Según la organización política del virreinato, el Perú se hallaba dividido entonces en ocho intendencias, que para los efectos de esta explicación, deben considerarse en cuatro grupos sistemáticos. La vasta intendencia de Trujillo al norte, dominada por los independientes, formaba un país aparte, en que la costa y la sierra se ligan hasta los límites de la montaña en las nacientes del Amazonas. Las intendencias de Lima y Arequipa, comprendían la costa y parte de la sierra del centro y del sud. Las del Cuzco y Puno, con la de Arequipa, formaban el grupo del sud, en contacto más ó menos directo con el Alto Perú, ocupado por las armas españolas. Allí estaba situado el ejército de reserva que ligaba las operaciones de los tres ejércitos realistas de Lima, la Sierra y el Alto Perú. Al centro, estaban las intendencias de Huancavelica, Huamanga y Tarma, dentro de cuyo perímetro debían desarrollarse las operaciones de la división de la sierra en el corazón del país. Esta parte del territorio, en que las cordilleras se alternan y se ramifican, y las montañas se apiñan hasta la región de las nieves perpetuas, está cruzado por una red de ríos torrentuosos, que sólo pueden atravesarse por puentes de maromas, que oscilan sobre los abismos en que se tienden. De la región de la costa á la sierra, péntrase como por las brechas de una muralla escarpada, por anfractuosidades, que son como portadas plutónicas, llamadas en el país quebradas, y por senderos estrechos, llamados laderas, que contornean las montañas al borde de hondos precipicios. Gradualmente se asciende como por una escalera ciclópea, desde

la tierra caliente hasta la cumbre helada de la cordillera occidental, que es una alta planicie desierta y desolada. Tal era el camino que tenía que recorrer la expedición de la sierra para penetrar á las tres intendencias centrales.

El rasgo más prominente del centro de la sierra, son sus amenos y espaciosos valles, centros prósperos y abundantes de población y producción. El más notable, y que debía servir de base á las operaciones de la columna destacada desde Pisco sobre la sierra, es el que forma el de Río Grande ó de Jauja, que corre por su fondo de norte á sud. Cierran sus dos extremidades, las populosas ciudades de Jauja y Huancayo: la primera al norte y la otra al sud. En su promedio, una punta saliente de la cordillera oriental que lo limita por el este y que se proyecta entre San Jerónimo y Concepción — dos afluentes del Río Grande — corta el valle en dos, tomando cada uno de ellos el de la ciudad principal. En este punto está tendido uno de los puentes que comunica con la ciudad de Tarma, situada al nordeste en una hoya de la cordillera oriental (2). Más adelante está el famoso mineral de Pasco, cuyos caminos conducen directamente á las posiciones que el ejército independiente ocupaba sobre la costa. Aquí las dos cordilleras forman un nudo á la altura de más de 4,300 metros sobre el nivel del mar, que proyectan hacia el norte tres cadenas y otros tantos valles paralelos, cuyos ríos se derraman en el Atlántico y el Pacífico. Por lo tanto, el territorio de Tarma, y especialmente el valle del Río Grande, era el eje de las operaciones de la expedición de la Sierra y Pasco su objetivo. Invasadas las intendencias de Huancavelica y Huamanga, quedaban cortadas las comunicaciones de Lima con Arequipa, el Cuzco, Puno y el Alto Perú por la

(2) Véase Arenales: « Mem. hist. », pág. 78-80 — Idem: « Carta geográfica de la parte central del Perú, para denotar las operaciones del general Arenales en sus campañas de la Sierra ».

parte del sud. Ocupada Tarma, se amagaba á Lima por la espalda, y en Pasco, se abría al norte una nueva línea y una nueva base de operaciones.

Esta sinopsis geográfica, pone de relieve las líneas generales del teatro de la guerra. Vese que, así como el Perú se divide en dos regiones marcadas, su territorio puede dividirse en dos ó más zonas militares, según sean los planes de campaña y las combinaciones estratégicas á que respondan. El plan de invasión de San Martín era mixto, mirado bajo este aspecto geográfico. La expedición de la sierra respondía á la idea de aislar el ejército de Lima y paralizar la acción del ejército de reserva del sud ó atraerlo hacia el centro, desbaratando así los planes de defensa del enemigo. La marcha por agua á lo largo de la costa, cerraba el círculo de las operaciones al norte de Lima, y dividía el Perú en dos zonas: el centro y sud ocupado por los realistas con su base en el Alto Perú, y el norte, ocupado por los independientes con su base en toda la América revolucionada á su espalda. Ambos contendientes, con un pie en la costa y otro en la montaña, tenían, el uno por punto de apoyo y el otro por objetivo inmediato á Lima. La posesión de Lima, consolidaba para los independientes la del norte del país, pero no resolvía el problema, por cuanto no daba el dominio de la sierra. Perdida una batalla en Lima, los invasores tenían que reembarcarse y renunciar á su empresa. Por el contrario, los realistas, aun expulsados de la capital podían replegarse á la sierra, reforzarse con sus reservas y continuar la guerra con nuevos recursos. El triunfo final estaba, pues, en la sierra. De aquí la necesidad de economizar las escasas fuerzas invasoras, que apenas bastaban para lograr el objetivo inmediato, y utilizarlas de manera que obrasen á la vez en la costa y en la sierra concurriendo á los resultados ulteriores. Dentro de estas líneas, á que tenían necesariamente que subordinarse las evoluciones de los beligerantes, tenía que

resolverse, como se resolvió en definitiva, el problema militar de la campaña final de la independencia americana en el territorio del Perú. La expedición á la sierra preparaba este resultado. Exploraba el camino, ligaba las operaciones de la región de la costa con la de la sierra, y señalaba en el centro el nudo de las dos grandes zonas del sud y del norte, en que independientes y realistas se reconcentrarían, primeramente para buscarse y medirse, y por última vez desde Pasco á Huamanga para dirimir la contienda dentro del perímetro que iban á recorrer.

II

Posesionado San Martín de Pisco al tiempo de iniciar la invasión, y decidido á llevar la guerra al norte, concibió el atrevido pensamiento de destacar una columna volante al interior del país, que al efectuar una marcha de circunvalación despertase el espíritu revolucionario en las provincias, reconociera las localidades y se diese cuenta de sus recursos y ventajas militares; operase una seria diversión, para impedir que las fuerzas situadas á la distancia concurriesen á engrosar el ejército de Lima; desconcertara de este modo los planes del enemigo ocultando los propios; y por último, buscase la incorporación con el grueso del ejército por el norte, después de destruir las tropas que encontrara á su paso, combinando sus movimientos con el plan general de campaña. El jefe de esta empresa no podía ser otro que el general Arenales. Sus notables cualidades de mando, su experiencia en la guerra de montaña y la popularidad de su nombre en el Alto Perú por sus extraordinarias hazañas, lo señalaban de antemano. (Véase cap. V, § VII). Sus instrucciones, redactadas por San Martín en la víspera

de denunciar el armisticio de Miraflores (4 de octubre), le prevenían, atacar sin pérdida de tiempo la división enemiga que el virrey había destacado sobre Pisco al tiempo del desembarco, y replegándose á Ica. Ejecutada esta operación, penetrar en la sierra y posesionarse de Huancavelica y Huamanga. Dirigirse en seguida al valle de Jauja y establecer allí el cuartel general de la división, « fomentando la independencia » en todas las provincias inmediatas y cubriendo todas las « avenidas de la sierra hacia Lima ». Avanzar un destacamento hasta Tarma á la vez de remontar el valle de Jauja; « partiendo del principio, de que debiendo comenzar el ejército » sus operaciones por el norte de Lima, sus movimientos serían en concepto de replegarse á él en caso de contraste », manteniéndose mientras tanto en la sierra. Por último, le recomendaba la humanidad para con los enemigos de la independencia y para con los españoles europeos (3).

La división expedicionaria se componía de los batallones núm. 11 de los Andes y núm. 2 de Chile, al mando del mayor Román Dehesa (argentino) y teniente coronel Santiago Aldunate (chileno); dos piquetes de granaderos y cazadores á caballo, formando un escuadrón, á órdenes del mayor Juan Lavalle y teniente Vicente Suárez (paraguayo), y 2 piezas de artillería con su dotación de artilleros á cargo del teniente Hilario Cabrera (4). Fué nombrado jefe de estado mayor el teniente coronel argentino Manuel Rojas, que había hecho sus primeras armas contra las invasiones inglesas del Río de la Plata y militado con distinción en las campañas del Alto

(3) Instrucciones de San Martín al general Arenales en Pisco, de 4 de octubre de 1820. (Arch. San Martín, vol. LX, núm. 2). M. S. aut.

(4) Hé aquí el detalle de la fuerza de los cuerpos: Batallón núm. 2 de Chile: 471 plazas. Idem. núm. 11 de los Andes: 562 ídem. Piquete de Granaderos á caballo: 50 ídem. Idem Cazadores montados: 30 ídem. Piquete de artillería: 25 ídem. (« Relación histórica de la primera campaña del general Arenales á la sierra del Perú », por el coronel argentino José Segundo Roca, pág. 23.)

Perú. Con esta fuerza, escoltada para mayor garantía, por el regimiento de Cazadores montados, movióse sigilosamente Arenales en la noche del 5 de octubre en dirección á Ica con rumbo al sudeste. Por esta marcha de medio flanco, quedaba cortada la columna realista, situada en Ica, fuerte de 800 hombres de infantería y caballería. El coronel Quimper que la mandaba, púsose en fuga á la aproximación de los independientes, á los que se pasaron dos compañías de infantería. Con el resto, emprendió Quimper su retirada al sud á lo largo del camino de la costa por la falda de la sierra. Desprendióse en su persecución un destacamento de 250 hombres de caballería y de infantes montados al mando de Rojas. Marchando por caminos extraviados, situóse á tres leguas á retaguardia de Quimper, que con 600 hombres de infantería y caballería había hecho alto en el pueblo de Nasca. La caballería patriota, dirigida por Lavalle, y sostenida á la distancia por su infantería, atacó á gran galope el campo realista (15 de octubre). Fué una sorpresa completa. Cuarenta y un muertos, 86 prisioneros, entre ellos 6 oficiales, y 300 fusiles, fueron los trofeos de esta fácil jornada (5). Al día siguiente (16 de octubre) el teniente Suárez con 30 cazadores montados, sorprendió en Acari el convoy de Quimper, tomando 100 cargas de armamento, con la derrota de la tropa que lo custodiaba. De este modo quedó totalmente destruída la primera división desprendida del ejército de Lima contra el ejército expedicionario del Perú (6).

San Martín, mientras tanto, sólo esperaba que la expedi-

(5) « Boletín del E. U. L. del Perú », núm. 2. — Roca: « Rel. Hist. » cit. pág. 26. — Torrente, historiador español, confirma los detalles de los boletines independientes, dando 86 prisioneros de línea y « un gran número de milicianos, con pérdida de 300 fusiles », pero no habla de muertos. (« Hist. de la R. H. A. », t. III, pág. 38.) — Roca, en su « Relación », da 86 prisioneros sanos y 15 heridos.

(6) Camba: « Memorias », t. I, pág. 336, dice: « El general San Martín, destruyó al coronel Quimper ».

ción de la sierra iniciase su movimiento, para empezar á desenvolver su plan de campaña. « Arenales, — escribía á » O'Higgins, — debe ponerse á caballo sobre Jauja, y comunicarse conmigo por el norte. Yo debo reembarcarme para » atacar al norte de Lima, sublevar las provincias de Huaylas, » Huánuco y Conchuchos, de cuya decisión estoy perfectamente persuadido. Mi objeto en este movimiento, es bloquear á Lima por la insurrección general y obligar á Pezuela á una capitulación, sin desatender al mismo tiempo » el aumento del ejército y la subyugación de la intendencia » de Trujillo. Casi puedo asegurar que este plan dará los mejores resultados, y que si se verifica, Lima estará en nuestro » poder á los tres meses de la fecha » (7). Impaciente, instaba á Arenales para que acelerase su marcha, aun dejando atrás su parque, conducido á lomo de mula. El prudente general de la sierra, le contestaba dándole la razón, pero observaba : « Esto no es practicable. Yo no puedo ni debo dividir mi fuerza. El dejar el cargamento atrás, es exponerlo á un riesgo » inminente, y exponerme á carecer de armamento y municiones. Con el cargamento, me batiré aunque sea con el » mismo demonio, envalentonaré á los pueblos, y acreceré » la fuerza que debe hacer respetable nuestro ejército » (8). El general en jefe como en su lugar se explicó (cap. XXVI, § VII), debilitado por la separación de la cuarta parte de su ejército, maniobró por el espacio de quince días para ocultar el movimiento de Arenales, haciendo alarde de invadir á Lima por el valle de Cañete, con lo que logró completamente su intento de entretener al enemigo (9).

(7) Carta de San Martín á O'Higgins en Vicuña Mackenna « Gral. San Martín », pág. 30.

(8) Carta de San Martín de 6 de octubre y contestación de Arenales de 8 del mismo de 1820. (Arch. San Martín, vol. LX, núm. 2). M. S. S.

(9) Camba : « Memorias », etc, tomo I, pág. 340.

III

La vanguardia realista situada en Cañete á órdenes de O'Reylli, que debía operar en combinación con la columna de observación de Quimper sobre Pisco, se replegó á Lima así que San Martín apareció con su ejército en Ancón. La atención del virrey, llamada fuertemente hacia el norte, había perdido de vista el sud, cubierto por los movimientos simulados de San Martín al reembarcarse. Hacía nueve días que Arenales estaba en marcha y tramontaba la cordillera (30 de octubre), cuando tuvo el primer aviso vago de que una columna invasora de 1,400 hombres intentaba internarse hasta Huamanga. Consideró temeraria la empresa, cuando no imposible, pues contaba de seguro que sería contrarrestada por las fuerzas que defendían las intendencias de Arequipa, Cuzco y Puno, á la sazón engrosadas con dos batallones de infantería y tres escuadrones de caballería, al mando del general Mariano Ricafort, señalado en el Alto Perú por sus servicios y sus crueldades, que tenía orden de situarse en Huamanga. Además, confiaba en tres compañías de fusileros que con anticipación había hecho salir de Lima para reforzar las guarniciones del valle de Jauja. Alarmado, empero, con la repetición de los avisos, tuvo la idea de dirigir por el camino más corto, una división de 1,000 infantes y 400 hombres de caballería, con el objeto de ocupar el puente de piedra de Iscuchaca sobre el Río Grande, — entre Huancavelica y Huancayo, — y que se situasen allí doscientas ó trescientas cabalgaduras para activar las operaciones de las tres fuerzas combinadas (10).

(10) Ofi. del virrey Pezuela al subdelegado de Jauja, de 30 de octubre de 1820, apud. Camba : « Memorias », tomo I, pág. 344.